

RESEÑAS

La Primera Guerra Carlista en el tomo IV de la *Historia militar de España*: un error de enfoque¹

A la hora de escribir unas páginas en homenaje a mi querido y admirado amigo Juan Van Halen Acedo pocos temas pueden resultar más apropiados que el de la Primera Guerra Carlista, en la que tanto se distinguieron los hermanos Antonio y Juan Van Halen Sarti. Coincide además la ocasión con el hecho de haberse publicado el volumen de la *Historia militar de España* dirigida por otro buen amigo, el insigne académico e historiador militar Hugo O'Donnell, en que se aborda este conflicto, por lo que uniendo ambas circunstancias he decidido analizar con cierta profundidad el estudio que allí se hace sobre la más importante de nuestras contiendas civiles del siglo XIX.

El tomo en cuestión está dirigido por Miguel Artola², destacado especialista en el reinado de Fernando VII, sobre el que redactó el tomo correspondiente de la *Historia de España* de Menéndez Pidal³, libro en el que dio gran importancia a los temas militares, dedicando 218 de las mil páginas debidas a su pluma a la Guerra de la Independencia y algunas otras a la campaña realista de 1821-1823 y a la invasión francesa de 1823⁴. La obra que ahora nos ocupa se ha estructurado, además de en una introducción y un prólogo, en los tres apartados siguientes: las campañas del ejército real (se entiende como tal al anterior a 1812), el ejército nacional, los escenarios bélicos y ejército y sociedad. El volumen cuenta además con una cronología de 19 páginas y una bibliografía de 36, que se divide en fuentes primarias y bibliografía propiamente dicha. A continuación se incluye un índice analítico de 63 páginas, seguido por un cuadernillo de 16 páginas en color donde se insertan ilustraciones y cuadros relativos al texto, que en su conjunto ocupa un total de 586, sin contar con el ya citado cuadernillo, que no está numerado.

En lo que a la Primera Guerra Carlista se refiere, que es el tema que nos ocupa en estas páginas, encontramos una breve mención en la introducción

1 Este texto se publicó originariamente en *Homenaje al Dr. Don Juan Van Halen y Acedo*, Madrid & Bruselas: Academia Belgo-Española de la Historia, 2011-2012 (sic) [2018], p. 41-68, reproduciéndose aquí por lo complicado que resulta acceder al mismo en su fuente original.

2 Miguel ARTOLA (Coordinador), *Edad Contemporánea*. Volumen 1. *El siglo XIX*, en *Historia Militar de España dirigida por Hugo O'Donnell y Duque de Estrada*. Coordinadores científicos: Enrique García Hernán y José María Blanco Núñez, Tomo IV, Madrid: Ministerio de Defensa, 2015.

3 Miguel ARTOLA GALLEGU, *La España de Fernando VII. Introducción por Carlos Seco Serrano*. Tomo XXXII de la *Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal*, Madrid: Espasa-Calpe, 1978, 2ª ed.

4 *Ibidem*, p. 89-307 para la Guerra de la Independencia y 777-841 para la guerra realista y los cien mil hijos de San Luis, si bien aquí se mezclan los temas militares y los políticos.

de Artola y un acercamiento más amplio en las páginas redactadas por cuatro de los autores: Fernando Puell, Agustín Rodríguez, Francisco Comín y José Ramón Urquijo.

Fernando Puell de la Vila, en las 53 páginas que dedica a la composición del ejército nacional, se ocupa de los aspectos relacionados con la reorganización que da al ejército el marqués de Zambrano en 1828, la vigente en el momento de estallar el conflicto, y todo lo relativo a la contienda, entre las páginas 142 y 151, por más que posteriormente puede salir alguna breve alusión al hablar de otras cuestiones. Para el escaso espacio disponible, entendemos que presta la atención debida a la, por lo general, poco recordada reforma de Zambrano, que intentó crear un ejército profesionalizado y acorde con los recursos de la España de la época. No entiendo, sin embargo, por qué afirma que Zambrano “fijó la plantilla de las Tropas de Continuo Servicio en unos 47.000 hombres”⁵, cuando lo que afirma literalmente el artículo 94 del real decreto de 31 de mayo de 1828 es que “la fuerza de estos cuerpos en su pie completo de paz es de cien mil hombres. Sesenta y cinco mil de fuerza de continuo servicio, y treinta y cinco mil de reserva”⁶. No encuentro tampoco ningún elemento para abonar su hipótesis de que a partir de 1830 Zambrano hubiera de dedicarse, casi en exclusiva, “a neutralizar el poder de los Voluntarios Realistas: 120.000 hombres organizados en 500 batallones, con estructura independiente del ejército regular”⁷, pues el proceso de desorganización organizada de los voluntarios realistas no dio comienzo –excepción hecha del caso de Cataluña tras la re- vuelta de los *malcontents*– hasta la caída del Ministerio del que formaba parte Zambrano el 1 de octubre de 1832⁸. También es importante señalar que los voluntarios realistas no eran 120.000 hombres. Se trata de una cifra que se repite con cierta frecuencia, y que procede de una comunicación que su inspector, el teniente general Carvajal, dirigió a la reina el 25 de noviembre de 1832, en la que afirmaba que el número de los que contaban “con armas, vestuario y equipo” ascendía a 115.110 de infantería, 4.308 de caballería y 1.424 artilleros⁹. Pero había también voluntarios que no contaban con su equipo completo, y si nos atenemos al número de sus unidades, y los efectivos que debían tener

5 Fernando PUELL DE LA VILLA, “El ejército nacional”, en ARTOLA (Coord.), *Edad Contemporánea. El siglo XIX*, p. 144.

6 *Decretos del Rey Nuestro Señor don Fernando VII*, año 1828, p. 144-145.

7 PUELL, “El ejército nacional”, p. 145.

8 Es más, antes de los sucesos de La Granja, y en virtud de una real orden de 18 de agosto de 1832, el inspector general del cuerpo, que dependía directamente del rey, había comenzado a formar 50 batallones de preferencia para aumentar su operatividad, como puede verse en la correspondencia que mantuvo con Fernando VII: Archivo General de Palacio, Sección Histórica, caja 298.

9 El dato fue dado a conocer por Federico SUÁREZ, *Los Sucesos de La Granja*, Madrid: CSIC, 1953, p. 87. Puedo asegurar que es correcto porque me he tomado la molestia de verificarlo en la fuente original: Archivo General de Palacio, sección histórica, caja 293.

conforme a su reglamento, los efectivos del cuerpo pueden establecerse entre 245.000 y 324.000¹⁰.

Una aclaración que también puede ser pertinente es que cuando Puell, citando al general Fernández de Córdoba, señala que Mendizábal “procedió a enviar al norte a los 17.000 reclutas de la mal llamada ‘quinta de los cien mil’” no creemos, pese a la forma en que está redactado, que el autor quiera decir que la “quinta de los cien mil” produjo la incorporación al ejército de tan sólo 17.000 hombres, sino que este fue el número de los destinados al ejército del Norte¹¹, pues nos consta que el conjunto de los nuevos soldados ascendió a un total de 69.819. Es más, como el dato es curioso, y creemos que relevante, a continuación reproducimos el número de hombres que las diversas quintas efectuadas a lo largo de la guerra aportaron al ejército isabelino:

Quinta de 1833 (25.000)	21.000
Movilización de la milicia provincial	21.000
Quinta de 25-II-34 (25.000)	21.000
Quinta de 31-XII-34 (25.000)	20.000
Quinta de 24-X-35 (100.000)	69.819
Quinta de 26-VIII-36 (50.000)	36.452
Quinta de 20-II-38 (40000)	30.000
Quinta de 10-I-39	33.809
Total	253.080¹²

Naturalmente estas cifras no son las de todos los hombres que pasaron por el ejército isabelino a lo largo del conflicto, pues a ellas hay que añadir las de los 75.317 que ya estaban en filas al comenzar la guerra, y los que sirvieron en los cuerpos francos, que creemos pueden estimarse en 55.987, dando un total 384.384 hombres. Todo esto sin tener en cuenta los efectivos de la Milicia Nacional (en los primeros años de la guerra Milicia Urbana), cuyo papel en la contienda prácticamente no se menciona en este capítulo, y que en algún momento llegó a contar con cerca de seiscientos mil hombres. El 26 de agosto de 1836 se decretó la movilización de la Milicia Nacional armada, con un total de 157.738 hombres, a los que se ordenó acuartelarse en las capitales de provincia, aunque tal situación se prolongó durante escasos meses. Entre unas cosas

10 Este tema lo he tocado con bastante más detenimiento en Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, *La Primera Guerra Carlista*, Madrid: Actas, 1992, p. 93 y s. Antonio REMÓN ZARCO DEL VALLE, *Diario. Las Sesiones de Cortes. Estamento de Procuradores. Apéndice al número 18 (16 de agosto de 1834), Exposición presentada a las Cortes generales del reino por el Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra, con arreglo al art. 36 del Estatuto Real*, los cifró en 160.000 en una época en que ya habían sido desarmados bastantes de sus contingentes.

11 PUELL, *Ibidem*, p. 147.

12 Los datos y su origen en BULLÓN DE MENDOZA, *La Primera Guerra Carlista*, p. 123.

y otras considero que se puede estimar que los isabelinos movilizaron medio millón de hombres a lo largo de la guerra, y no debe olvidarse que esta es sólo la movilización de uno de los dos bandos en liza. Por las filas de los ejércitos regulares carlistas creemos que pudieron pasar algo más de ciento veinte mil hombres, y por las de sus guerrillas unos treinta mil.

Y metidos en números no estará de más tratar de ver cuántos eran los hombres que en cada momento tuvieron los contendientes sobre las armas, pues sirve para darnos idea de la dimensión del conflicto. Según Puell de la Villa, por lo que se refiere al ejército de la Reina, “en 1838, sus efectivos totales llegaron a 264.924 hombres: 167.801 en los regimientos de línea y unidades regulares, 61.07 en los de la Milicia Provincial y 36.047 en cuerpos francos”¹³. Unas líneas más adelante podemos leer: “Al término de la guerra Espartero tenía bajo sus órdenes la considerable cifra de 264.924 hombres”, con lo que la fecha en la que este ejército se encontraba sobre las armas no sería 1838, sino julio de 1840. No encontrando que indicara de dónde procedían dichos datos nos hemos vuelto locos tratando de encontrar la fuente hasta que hemos consultado el *Anuario estadístico de España* de 1858, en cuyas páginas 628-629 figura un “cuadro de la fuerza y coste del Ejército español desde 1825 a 1858 inclusive”. Allí, y para el año 1837, aparece un total de 287.498 hombres, a los que si quitamos los 22.574 que se atribuyen a las legiones extranjeras al servicio de la Reina dan los 269.924 que nos traían de cabeza, máxime cuando en otro de los capítulos del libro, el redactado por Francisco Comín, se da otra serie de cifras, que él recoge de las *Estadísticas históricas de España* de Carreras y Tafunell, pero cuyos datos para el periodo que nos ocupa proceden en su mayor parte del ya citado *Anuario estadístico* de 1858¹⁴. Según los datos de esta última publicación, cuya serie es más completa que la recogida por Comín, los efectivos del ejército isabelino a lo largo de la Primera Guerra Carlista fueron los siguientes:

1833	78.402
1834	118.754
1835	124.803
1836	195.473
1837	287.498
1838	231.331
1839	237.764
1840	235.844

¹³ PUELL, *El ejército nacional*, p. 149.

¹⁴ Albert CARRERAS y Xavier TAFUNELL (Coords.), *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*, vol. III, p. 1014.

Como puede verse se trata de una serie muy completa, que recoge año a año los efectivos del ejército, y que además los desglosa de manera detallada (guardia real, infantería, caballería, artillería, ingenieros, milicias provinciales, cuerpos francos y legiones extranjeras), pero que presenta un pequeño problema, y es que sus datos no pueden ser tomados en consideración de forma acrítica, pues disponemos de una fuente no tan continua, pero mucho más fiable, de los efectivos del ejército isabelino: la que procede de las memorias presentadas ante las Cortes por los ministros de la Guerra. Según sus datos los efectivos del ejército liberal fueron los siguientes:

	Ejército permanente	Milicias provinciales	Cuerpos francos	Legiones extranjeras	Total
Julio 1834					121.314
Septiembre 1836	121.172	45.451	28.798	18.513	213.934
Noviembre 1837	121.957	51.663	30.157	3.637	207.414
Julio 1839					219.327*

* Antonio REMÓN ZARCO DEL VALLE, *Exposición presentada a las Cortes generales del reino por el Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra...*; Andrés GARCÍA CAMBA, *Exposición del Estado actual de las dependencias del Ministerio de la Guerra, leídas a las Cortes Generales de la Nación Española en 27 de octubre de 1836, conforme al artículo 82 del Reglamento Interior de las mismas*, Madrid: Imp. Nacional, 1836; Barón del SOLAR DE ESPINOSA, *Exposición del Estado actual de las Dependencias del Ministerio de la Guerra, leída al Congreso de Diputados en 22 de Diciembre, y al Senado en 27 del mismo mes de 1837 por el mariscal de campo...*, *Secretario Interino de Estado y del Despacho de dicho ramo*, Madrid: Imprenta Nacional, 1838; Isidro ALAIX, *Apuntes presentados al Consejo de Señores Ministros por el de la Guerra sobre las disposiciones más notables dictadas por el ministerio de su cargo, desde el 3 Diciembre de 1838 hasta fines de agosto 1839*, Madrid: Imp. Nacional, 1839. Los datos de estas obras, ninguna de las cuales aparece citada en la Bibliografía del volumen que nos ocupa, pueden verse debidamente compilados para el cuadro que ahora reproducimos en BULLÓN DE MENDOZA, *La Primera Guerra Carlista*, p. 124. Posterior a la guerra, pero con datos que merecen ser comentados, es Pedro CHACÓN, *Exposición sobre el estado actual de las dependencias del Ministerio de la Guerra, y disposiciones más notables dictadas desde 1º de octubre de 1840 hasta fines de marzo de 1841*, Madrid: Imprenta Nacional, 1841. En ella se dice que “ascendía el total de la fuerza armada dependiente del Ministerio de la Guerra en 1º de octubre último, incluso los jefes y oficiales, a 236.981 hombres y 13.985 caballos; en el día consta de 153.920 hombres y 11.335 caballos; resultando esta diferencia, a más de las bajas naturales y de la disolución de los cuerpos francos y licenciamiento de los soldados procedentes del reemplazo de 1831 y de los que se empeñaron para servir durante la guerra” (p. 8). La cifra resulta muy llamativa, pues sería el mayor número de efectivos de que dispuso el ejército isabelino. Chacón nos dice que el licenciamiento del reemplazo de 1834 “y de los que sentaron plaza voluntariamente por el tiempo de la guerra decretado en 6 de febrero, ha producido de baja 13.943 hombres” (p. 16) y que los cuerpos francos, también dados de baja, ascendía al terminar la guerra a 27.144 soldados. La suma de ambas cantidades nos da un total de 41.087, muy distante aún de los 83.046 hombres de disminución entre octubre de 1840 y marzo de 1841, y que tampoco se compensa si añadimos 2.361 hombres de milicia nacional movilizadas que Chacón podría haber contabilizado, ni las tropas de los granaderos y cazadores de Oporto, únicas fuerzas de origen extranjero sobre las armas en octubre de 1841. Tal vez la explicación haya que buscarla en la medida que se tomó en 28 de diciembre de 1840 de “quedar en libertad para restituirse a sus hogares todos los individuos de tropa que se hallaban

en las filas por consecuencia de la medida adoptada por los generales de recoger los mozos de los pueblos expuestos a la incursión de las facciones”. Apunto todo esto para que quien lo desee pueda hacer una indagación en condiciones sobre el tema, en la que tampoco habría que excluir alguna posible incidencia del Convenio de Vergara.

Por tanto, el ejército isabelino durante la Primera Guerra Carlista, mientras no demuestre lo contrario, no excedió en ningún momento de doscientos veinte mil hombres, a los cuales podrían sumarse, eso sí, los efectivos de la Milicia Nacional armada, que dependía del Ministerio de la Gobernación, y que pasaba a Guerra cuando estaba movilizada, pero que no es recogida ni en los datos del *Anuario estadístico de 1858* ni en los que nosotros proporcionamos. Además, tal y como puede verse en el cuadro, las tropas de la reina mantienen prácticamente inalterables sus efectivos desde septiembre de 1836 a julio de 1839, sin que por ello pueda hablarse, como plantea Puell, de que a partir de las disposiciones tomadas en noviembre de 1837 “el potencial humano, logístico y material del ejército cristino recibió un decisivo incremento”¹⁵.

Por lo que se refiere a las tropas de los ejércitos regulares carlistas, cuyos datos no se dan en ninguna parte del volumen que estamos glosando, sus números son los siguientes:

Julio 1834	18.000
Septiembre 1836	54.000
Noviembre 1837	60.000
Julio 1839	72.000*

* Cfr. BULLÓN DE MENDOZA, *La Primera guerra Carlista*, p. 646. Los carlistas tenían tres ejércitos que en la práctica eran independientes: Norte, Maestrazgo y Cataluña, y su evolución a lo largo de la guerra fue muy dispar, como ya tendremos ocasión de comentar. No se incluyen en este cuadro los efectivos de las guerrillas legitimistas.

Y si combinamos el resultado de ambas tablas, para ver el esfuerzo bélico global realizado, estos son los datos, si bien debe recordarse que al no incluir a la Milicia Nacional y a las guerrillas carlistas no representan sino parte de la envergadura real de la contienda:

	Ejército isabelino	Ejércitos carlistas	Total
Julio 1834	121.314	18.000	139.314
Septiembre 1836	213.934	54.000	267.934
Noviembre 1837	207.414	60.000	267.414
Julio 1839	219.327	72.000	291.327

15 PUELL, “El ejército nacional”, p. 148.

Hay en las páginas de Puell un error sobre el que creemos merece la pena llamar la atención, y es su afirmación de que “las victorias de los liberales en 1838 se contestaron con motines entre las filas de Maroto, que respondió fusilando a unidades completas”¹⁶. En 1838 no hubo motines entre las fuerzas de Maroto correspondientes a unas inexistentes victorias abrumadoras de Espartero, ni este fusiló a unidades completas. Maroto, en febrero de 1839, fusiló a los generales navarros que pensaba podían oponerse a sus proyectos de transición, y como resultado de este acto, meses tarde, ya en plena claudicación de Maroto ante Espartero, el 8 de agosto de 1839 se produjo la sublevación contra el jefe carlista de los batallones 5, 11 y 12 de Navarra, a los que no dudo que Maroto hubiera fusilado a mansalva si hubiera tenido ocasión, pero no la tuvo, pues su ejército estaba ya en plena disolución¹⁷.

Por otra parte, Puell hace una interesante selección de diversos aspectos relacionados con la organización del ejército liberal a lo largo del conflicto, selección que viene obligada por el carácter general de su capítulo, y, sobre todo, tiene muy claro el papel que jugó el ejército a la hora de conseguir el triunfo del liberalismo en España: “No cabe la menor duda de que ese ejército salvó el trono de Isabel II. Aunque la casi totalidad de los españoles continuaran ideológicamente más cerca de la causa de don Carlos que de la de Isabel II, Espartero y sus mandos subordinados realizaron la proeza de impedir que la inmensa mayoría de los recién reclutados pasaran a engrosar las filas del adversario”¹⁸. En suma, y aunque con algún pequeño error de datos fácilmente subsanable, el capítulo redactado por Puell de la Villa, en lo que a la Primera Guerra Carlista se refiere, no contiene ningún error de perspectiva y sí una visión clara de que sin el control que el Estado mantuvo sobre el ejército la causa de la Reina se hubiera venido abajo ante la falta de apoyo popular.

De las líneas que Agustín Rodríguez dedica al conflicto en su capítulo sobre “La Armada” poco hay que decir, pues le dedica una de sus treinta y siete páginas, lo que no parece incorrecto si se tiene en cuenta que le toca hablar de episodios muchos más relevantes para la marina española. La síntesis, como no cabía menos esperar de nuestro mayor especialista en historia naval, es especialmente acertada¹⁹.

Francisco Comín, uno de nuestros mejores conocedores de la historia de la Hacienda española, aborda “Los presupuestos de las fuerzas armadas”. De forma muy pertinente para el objeto de su estudio comienza copiando la estadística de los efectivos del ejército entre 1830 y 1900 que se reproduce en las ya citadas *Estadísticas históricas de España*. Ciertamente es, como ya hemos comentado,

16 PUELL, “El ejército nacional”, p. 149.

17 Cfr. BULLÓN DE MENDOZA, *La Primera Guerra Carlista*, p. 363 y s.

18 PUELL, “El ejército nacional”, p. 148-149.

19 Agustín RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, “La armada”, p. 197-198.

que alguno de los datos de estas *Estadísticas* podía ser más exacto, y también que si Comín hubiera consultado directamente el *Anuario Estadístico de 1858* se hubiera encontrado con la agradable sorpresa de que se incluían datos sobre el coste del ejército, aunque no sabemos hasta qué punto responden o no a la realidad. Creo, además, una pena que no conozca el estudio económico que realicé en mi tesis doctoral sobre el coste del ejército isabelino, y los apuntes que esboqué para los de los ejércitos carlistas, por si le hubiera podido servir de ayuda o por si hubiera podido rectificarlos. A primera vista sus datos (expresados en pesetas) y los míos (expresados en reales) tan sólo coinciden en señalar la gran carga que supuso el conflicto para el estado liberal, gasto que hubo de ser financiado recurriendo a empréstitos, y que para Comín alcanzó el 90% de los gastos del Estado en los años de mayor esfuerzo bélico, mientras que yo me he centrado en ver que en algunos periodos supone más del cien por cien de sus ingresos²⁰. Tanto Agustín Rodríguez como Francisco Comín utilizan en sus capítulos el término “tercera guerra carlista” para referirse a la tercera guerra carlista, nomenclatura que compartimos plenamente²¹.

Aunque todos los capítulos que hemos citado aborden con mayor o menor longitud la Primera Guerra Carlista, el capítulo en que más se desarrolla el tema, como es lógico, es el que dentro del apartado “los escenarios bélicos” responde al título de “las guerras carlistas”. Se trata del capítulo más amplio de cuantos componen la obra, pues consta de un total de sesenta páginas. Su autor, José Ramón Urquijo, ha publicado numerosas obras sobre el carlismo, aunque no tanto sobre sus aspectos militares²². La distribución de contenidos es como sigue:

Introducción	p. 259-263
Primera Guerra Carlista	p. 263-290
Periodo de entreguerras	p. 290-296
Segunda (sic) Guerra Carlista	p. 296-308
Notas	p. 308-318

Cuando se lee el capítulo lo primero digno de destacar es el contenido de las cuatro páginas y media que le sirven de introducción. Lo llamativo no es tanto que a la campaña realista del Trienio Liberal se le dedique página y media

²⁰ Cfr. Francisco COMÍN, “Los presupuestos de las fuerzas armadas”, p. 221-237; BULLÓN DE MENDOZA, *La Primera Guerra Carlista*, p. 147-149, 191-195, 205 y 209-210.

²¹ COMÍN, *Ibidem*, p. 233; RODRÍGUEZ, “La armada”, p. 204. Puell habla de “guerra carlista” sin mencionar número.

²² J.R. URQUIJO GOITIA, “Los sitios de Bilbao”, en *Estudios Históricos* 3, Museo Tomás Zumalakarregui (sic), 1994, p. 91-165, y “Voluntarios y o quintos: reclutamiento y deserción en la Primera Guerra Carlista”, en *Violencias fratricidas. Carlistas y liberales en el siglo XIX. II Jornadas de Estudio del Carlismo*, Pamplona: Institución Príncipe de Viana, 2009, p. 99-186.

(algún espacio más creemos que podía merecer en un volumen de cerca de seiscientas páginas dedicado a la historia militar de España en el siglo XIX), como que de la invasión francesa de 1823 sólo se diga lo siguiente: “Durante la invasión francesa de los Cien Mil Hijos de San Luis, la Regencia creada para administrar los territorios organizó una fuerza paramilitar bajo la denominación de Voluntarios Realistas, creada el 14 de mayo de 1823”²³. Se da pues el caso de que las veinte líneas que dedica Puell a describir la campaña son las únicas en que se aborda el tema, y, a pesar de que creo que están muy bien orientadas, resultan notoriamente insuficientes para una publicación como la que estamos analizando²⁴, a no ser que se considere que su importancia es menor que la de la expedición española a las islas de Santo Tomé y Santa Cruz entre julio y noviembre de 1848, a la que se dedica bastante más espacio²⁵. Los mapas de las páginas 139 y 142 sirven para paliar en lo posible este error en la concepción de la obra que no sabemos a quién debe atribuirse.

Llama también la atención en esta parte introductoria que al hablar del *Manifiesto de la federación de realistas puros* Urquijo afirme que “aunque algunos autores atribuyen su autoría a los liberales, refleja adecuadamente el estado de ánimo de los realistas más exaltados”, y digo que llama la atención porque no creo que deban permitirse semejantes imprecisiones en un tema que está debidamente estudiado. En 1976 Julio Aróstegui publicó un interesante artículo sobre la autoría del *Manifiesto* en que se prueba, sin lugar a dudas, que fue escrito por los liberales con el propósito de introducir la división en las filas realistas²⁶.

Y llegamos ya al tema que nos ocupa, la Primera Guerra Carlista, a la que se dedica un total de 26 páginas en la parte de texto (24 si prescindimos de los mapas), con la siguiente distribución:

- El estallido del conflicto	263-268
- El resurgir de las guerrillas	268-270
- Formación del ejército combatiente	270-274
- De la muerte de Zumalacárregui al nuevo fracaso ante Bilbao	274-279
- Declive del carlismo	279-280
- Los caminos de la paz	280-282
- Contexto internacional	282-283
- Composición de las tropas carlistas	283-290

23 URQUIJO, “Las guerras carlistas”, p. 260.

24 PUELL, “Composición y organización”, p. 141.

25 Puede verse en la excelente colaboración de Emilio de DIEGO GARCÍA, “Intervenciones en el exterior”, p. 328-329.

26 Julio ARÓSTEGUI, “El manifiesto de la ‘Federación de realistas puros’ (1826). Contribución al estudio de los grupos políticos en el reinado de Fernando VII, en *Estudios de Historia Contemporánea*, Vol. I, Madrid: CSIC, 1976, p. 119-185.

Dado que estas páginas están llenas de afirmaciones que creemos deberían ser matizadas, y de puntos de vista que consideramos muy cuestionables, nos centraremos en comentar aquellas cuestiones que creemos más dignas de mención, pues en caso contrario mucho me temo que acabaríamos escribiendo más páginas que Urquijo.

Algo que no puedo menos de consignar es su aserto de que “desde el fallecimiento de Zumalacárregui hasta fin de 1837 la actividad bélica carlista está dominada por el sistema de expediciones”²⁷. A primera vista puede resultar curioso que yo disienta de esta afirmación, pues en apoyo de la misma Urquijo cita la página 288 de mi libro sobre la Primera Guerra Carlista. Pero lo que yo digo, aunque parecido, es diferente: “lo más característico del periodo comprendido entre la muerte de Zumalacárregui (junio de 1835) y la consolidación del giro hacia Levante (agosto de 1838), es el denominado sistema de expediciones”. Prescindiendo de la omisión del giro hacia Levante, giro que dada su concepción vascocentrista Urquijo Goitia no se plantea que pudiera ocurrir, y sobre el que tendremos ocasión de volver a hablar, merece la pena llamar la atención sobre la diferencia de fechas que planteamos Urquijo y yo a la hora de hablar de la época de las expediciones. Para Urquijo terminan a finales de 1837, con el regreso de la expedición Real, y para mí a mediados de 1838, tras el fracaso de las expediciones de Negrí y de Don Basilio. Desde mi punto de vista no tiene sentido considerar que las expediciones acaban en 1837, cuando en 1838 hay todavía un par de ellas. Es precisamente el fracaso de estas expediciones, que Urquijo no cita, lo que pone fin a esta forma de hacer la guerra, lo que tiene como consecuencia que el ejército carlista del Norte dejará de tener la iniciativa bélica.

Otro detalle que puede señalarse, en lo que a las expediciones se refiere, es el error que comete al hablar sobre la expedición de Gómez: “El gobierno estaba profundamente preocupado por la facilidad con que se movía la expedición, razón por la que encomendó al propio ministro de la Guerra, general Alaix, su persecución”²⁸. Como es bien sabido el ministro de la Guerra que marchó en persecución de Gómez fue Rodil, a quien costó el puesto su fracaso. Otro pequeño lapsus puede observarse cuando al hablar de la expedición de Zaratiegui dice que se apoderó de Segovia “incluida su Academia de Artillería”²⁹. En aquel momento el Alcázar de Segovia estaba ocupado por el Colegio General Militar, y no por la Academia de Artillería³⁰.

27 URQUIJO, “Las guerras carlistas”, p. 274.

28 *Ibidem*, p. 275. Cfr. Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *La expedición del general Gómez*, Madrid: Editora Nacional, 1984, p. 90. Alaix, como bien sabe Urquijo, no fue ministro de la Guerra hasta el 9 de octubre de 1838: José Ramón URQUIJO GOITIA, *Gobiernos y ministros españoles (1808-2000)*, Madrid: CSIC, 2001, p. 146. Alaix participó activamente en la persecución de Gómez, y su actuación contra la misma puede verse en mí ya mencionada obra de 1984.

29 URQUIJO, “Las guerras carlistas”, p. 280.

30 Cfr. *Estado Militar de España. Año de 1837*, p.108.

Es también curioso que al hablar de la génesis del Convenio de Vergara Urquijo afirme que: “El convencimiento del agotamiento militar del carlismo movió a Maroto a entablar negociaciones con Espartero para asegurar la paz sobre la base del reconocimiento de armas y la conservación de los fueros”³¹, lo que apoya con un nota en que cita como fuente la *Vindicación* de Maroto, pero sin indicar ninguna página en concreto³². Y digo que es curioso porque al principio de su *Vindicación* Maroto no describe un carlismo que estuviera en agosto de 1839 en estado agónico, sino todo lo contrario:

“traslادemos un momento nuestra imaginación a la citada época, y recordaremos la indefinible emoción general de placer que imprimió en toda la península sorpresa tan grata, el indecible entusiasmo que infamó a todos y sucedió a la mortal alarma, a la cruel angustia e incertidumbre que no sin razón dominaba a los defensores de la Reina, diezmados en mil y mil combates, cansados de sacrificios; viendo estériles sus briosos esfuerzos, y cercada de mayores y crecientes peligros su causa. Seis años de continuo batallar en todas partes, todo lo habían destruido; ya era fría la llama del patriotismo, ya se gastaban demasiado los resortes del corazón humano, después de agotados extraordinarios recursos. Sin la posibilidad de un nuevo esfuerzo, sin la de sostener por mucho el horrible y abrumador peso de la guerra, el Gobierno de la Reina veía con susto avanzar, no ya muy lenta, pero si muy seguramente las formidables huestes de Cabrera que ocupaba cuasi todas las provincias limítrofes a la de Madrid, dificultando ya extremadamente las comunicaciones; a poco, aislado aquel, habría apelado por su existencia al tratado de la cuádruple alianza, porque el Ejército del Norte, no podía desmembrarse y el del centro, más valiente que afortunado, no podía impedir la conquista del audaz Tortosino”³³.

31 URQUIJO, *Ibidem*, p. 281.

32 *Ibidem*, p. 313, nota 106.

33 Rafael MAROTO, *Vindicación del general Maroto y manifiesto razonado de las causas del Convenio de Vergara, de los fusilamientos de Estella y demás sucesos notables que les precedieron, justificados con cincuenta documentos, inéditos los más*, Madrid: Imprenta del colegio de sordo-mudos, 1846, p. 7-8. Aunque en la reciente edición de esta obra hecha por Pedro Rújula (Pamplona, Ugoiti, 2005) se atribuye a Pirala, hay ocasiones en que es evidente que la pluma es del general carlista, lo que el propio Rújula no ha tenido inconveniente en aceptar. Y, además, de lo que no creo que quepa dudar es de que toda la orientación de la obra es la deseada por Maroto, y que aunque Pirala pudiera hacer de negro fue un negro sometido a una estricta supervisión, hasta el punto que aunque la mano fuera suya el enfoque se aparta en varias ocasiones del manifestado en la *Historia de la Guerra Civil*.

Pero claro, esta afirmación de Maroto contradice todos los planteamientos de Urquijo, entre otras cosas porque pone el foco no sobre el Norte, sino sobre otros escenarios de la guerra, algo tratado muy tangencialmente en las páginas que ahora nos ocupan. Baste decir que Urquijo dedica más espacio al alzamiento carlista de Bilbao en 1833, a la expedición de Gurgué y a la de Gómez que a narrar la guerra en Cataluña y el Maestrazgo entre enero de 1838 y julio de 1840. Concretamente, el párrafo en que habla sobre la misma a estos sucesos es como sigue:

“Pero en Cataluña y Aragón continuaba el enfrentamiento. En Cataluña, prosiguieron los conflictos entre militares y la junta, que alcanzaron su cima con el asesinato del conde de España, hecho que provocó la crisis de los partidarios carlistas en el Principado (octubre de 1839). Durante el año 1838 Cabrera prosiguió su expansión, aunque fracasó en sus intentos de extender la revuelta a los territorios cercanos (La Mancha y Andalucía). Logró, en cambio, un gran éxito en la ocupación de la plaza de Morella, punto considerado casi inexpugnable y que pasó a convertirse en la capital del carlismo levantino. La ocupación de Zaragoza (5 de marzo de 1838) resultó también un fracaso por la imposibilidad de mantenerla. En este momento, Cabrera pasó a convertirse en el nuevo mito militar del carlismo, sucediendo a Zumalacárregui. Sus éxitos, como la derrota de Oráa ante Morella, provocaron ceses tanto políticos como militares en el seno del liberalismo. Tras el Abrazo de Vergara, continuó la lucha hasta que en julio de 1840 se vio obligado a pasar a Francia”.

Prescindiendo de que no creo que el Maestrazgo esté especialmente cerca de Andalucía, o de que no se citen algunas de las victorias más importantes de Cabrera (Maella, 1º de octubre de 1838, donde es derrotado y muerto el general Pardiñas, dejando más de tres mil prisioneros en manos de Cabrera; Carboneras, el 31 de agosto de 1839 –el mismo día del Convenio de Vergara, motivo por el que se trata de una acción que ha pasado especialmente desapercibida, máxime cuando no se dio cuenta de la misma en la *Gaceta*– donde destrozó a la división liberal de Cuenca haciendo más de dos mil seiscientos prisioneros), lo que resulta evidente es que Urquijo nunca se toma especialmente en serio los escenarios no vascos de la guerra. Y ello sin duda introduce una distorsión importante en su texto, pues no hay que olvidar que cuando se produjo la firma del Convenio de Vergara los carlistas de Cataluña y el Maestrazgo, cuyas

fuerzas habían entrado ya en contacto, no sólo controlaban un territorio mayor que el ocupado por sus correligionarios del Norte, sino que, además, contaban con un ejército numéricamente superior al de Maroto. La pujanza de Cabrera era ya tan evidente que las tropas del ejército isabelino del Centro hubieron de ser reforzadas con una brigada del ejército del Norte en la primavera de 1839³⁴.

Podríamos señalar también muchas otras cosas, como lo curioso que resulta que al hablar de la composición de las tropas carlistas, tema en el que no tardaremos en centrarnos, Urquijo dedique más de treinta líneas –ya hubiera querido Cabrera tanta atención– a hablar de los combatientes extranjeros en las filas legitimistas, que no pasaron de unos centenares de hombres. Es algo que llama especialmente la atención si se tiene en cuenta que a la hora de referirse a los más de veinte mil soldados que sirvieron en las filas isabelinas se limita a decir lo siguiente: “Los otros miembros de la Cuádruple Alianza (Francia, Portugal y Gran Bretaña) no accedieron a las peticiones del gobierno español de enviar tropas en apoyo de la causa isabelina, pero facilitaron el traslado de combatientes de sus países, con un carácter semioficial, bajo la dirección de oficiales de sus respectivos ejércitos. Su aportación a lo largo de la contienda fue más simbólica que efectiva”. Aparte del desconocimiento que supone igualar la naturaleza de todas las tropas extranjeras que combaten en España, pues la división auxiliar portuguesa estaba compuesta por tropas regulares del país vecino, la legión francesa fue enviada por su gobierno, la británica fue producto de un enganche de voluntarios, y el regimiento de Oporto era una unidad de mercenarios compuesta por los extranjeros que habían resultado decisivos en la guerra civil portuguesa, decir que “su aportación fue más simbólica que efectiva” me parece ciertamente excesivo. Eso obviando que en ningún momento se refiere –al menos que yo me haya dado cuenta– a la aportación de primer orden que hicieron a la causa isabelina las demás potencias de la Cuádruple Alianza al bloquear por mar y por tierra todas las fronteras carlistas.

Pero ya es hora de hablar de lo que considero el desenfoque fundamental de este capítulo, el apartado relativo a la composición de las tropas carlistas, con diferencia el más amplio de los que se dedican a la Primera Guerra Carlista, hasta el punto que aun prescindiendo de las líneas que se decidan a la participación extranjera, que ya hemos comentado, supone una cuarta parte del texto redactado por Urquijo para analizarla.

Si con el inicio de este apartado buscaba sorprender al lector, puedo garantizar que en mi caso lo ha conseguido: “En numerosas ocasiones se ha asegurado que existía una gran diferencia de preparación militar y de equipamiento entre ambos bandos en el inicio de la contienda. Ni el bando liberal tenía un conjunto de tropas tan bien entrenadas ni el carlista era un conjunto de desarrapados, a pesar

34 Cf. BULLÓN DE MENDOZA, *La Primera Guerra Carlista*, p. 181, 199, 208 y 126.

de sus propios testimonios³⁵. Tal afirmación es difícilmente sostenible, pues en octubre de 1833 el ejército español, que acaba de licenciar a la quinta de 1827, constaba de un total de 75.317 hombres, y ninguna de sus unidades se sublevó a favor de Don Carlos³⁶, por lo que el balance queda de la siguiente forma:

Octubre 1833	Ejército fiel a Isabel II	Ejército sublevado a favor de Don Carlos
	75.317	0*

*Esto no quiere decir, por supuesto, que oficiales que habían sido despojados de sus mandos no participasen en la revuelta de 1833, pero su participación era a título particular, y no al frente de las tropas que supuestamente debían mandar. Urquijo cita al hablar de la sublevación de Bilbao, p. 265, a varios jefes militares que acudieron para colaborar con la misma, como el coronel Bengoechea y el teniente Simón de la Torre. Sorprende que no haga referencia al coronel marqués de Valdespina, que jugó un importante papel en la sublevación vizcaína, y también que, puestos a citar a militares supuestamente relevantes, no cite a la mayor parte de los generales que participaron en la sublevación del país vasconavarro, como el teniente general Duque de Granada de Ega y los brigadieres José de la Brena, Manuel Martínez de Velasco, José Mazarrasa, Manuel María Marcó del Pont y su hermano Pedro Ángel. Ignoro por qué motivo, al referirse al papel jugado por Uranga, lo cita como coronel, pues tal y como puede verse en su expediente personal del Archivo General Militar de Segovia era brigadier desde 1831. (Cf: Francisco ASÍN y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *Carlismo y Sociedad, 1833-1840*, Zaragoza: Aportes XIX, 1987, p. 83-84).

Ahora bien, las fuerzas del ejército no eran las únicas fuerzas armadas en la España de Fernando VII, donde contamos también con el cuerpo de voluntarios realistas, que prescindiendo de los de Navarra y Vascongadas, que tenían su propia organización, ascendían a finales de 1832 a 120.000 hombres completamente armados y equipados, aunque sus efectivos totales, como ya hemos visto, oscilaban entre 245.000 y 324.000. A lo largo de 1833 sus efectivos fueron depurados en la mayor parte de España de cuantos se creía podían ser favorables a Don Carlos, cuando no desarmados, así que a la muerte de Fernando VII la mayor parte de los mismos no se sublevaron. El número de sus batallones ascendía a 492, a los que han de sumarse cerca de cincuenta correspondientes a Navarra y Vascongadas. En total, unos 540 batallones, de los que se sublevaron un centenar, muy concentrados en Castilla la Vieja y los territorios forales, donde debido a que no dependían de las autoridades militares, sino de las diputaciones, no pudieron ser depurados³⁷.

Alzamiento 1833	Batallones realistas no sublevados	Batallones realistas sublevados
	440	100

35 URQUIJO, "Las guerras carlistas", p. 283.

36 BULLÓN DE MENDOZA, *La Primera Guerra Carlista*, p. 123.

37 Para la geografía del alzamiento de 1833 véase BULLÓN DE MENDOZA, *La Primera Guerra Carlista*, mapa III.

Y si la diferencia de efectivos resulta enorme en 1833, debido a que los isabelinos controlan el aparato del Estado, mucho más aún es la diferencia en lo que a la calidad de las tropas se refiere, pues sólo así se explica que las escasas fuerzas isabelinas destinadas al efecto se hicieran sin el menor problema con el control de Logroño, Vitoria y Bilbao, las tres capitales de provincias que proclamaron a Don Carlos en octubre de 1833. Poco más tarde caía Morella, en cuyos alrededores se habían concentrado varios batallones de realistas, que también fueron disueltos sin dificultad³⁸. Por tanto, a partir de finales de 1833, los carlistas no cuentan ya con los mal instruidos batallones de voluntarios realistas que se alzaron en 1833, sino con los restos de su dispersión, y su situación era mucho peor que tres meses antes.

Es evidente, al menos según mi parecer, que lo que habría que explicar a partir de ahora es cómo estas dispersas partidas carlistas logran hacer frente a un ejército español que ya había emprendido su proceso de movilización general, pero no es esto lo que preocupa a Urquijo. Lo que preocupa a Urquijo a lo largo de las siguientes páginas es demostrar que la mayoría de quienes luchaban a favor de Don Carlos no eran voluntarios, sino que lo hacían forzados por las autoridades carlistas. Creo haber sido el primer autor que ha documentado, a nivel general, que los carlistas introdujeron en los territorios que ocupaban los sistemas de recluta propios de cualquier estado constituido, y tuvieron el consiguiente proceso de desertión, pero dicho esto, nada, absolutamente nada de la Primera Guerra Carlista puede explicarse si no es por el apoyo que encontraron los legitimistas en la población española³⁹.

Urquijo planta que la denominación de voluntarios que se da a los carlistas procede de los voluntarios realistas que participaron en el alzamiento inicial, lo

38 En 1838, un anónimo autor liberal publicaba una interesante obra titulada *Ojeada sobre la guerra civil, sus causas, progresos, consecuencias y terminación*, Madrid: Imprenta de don José Palacios, 1838, en cuya página 65 planteaba que con el paso del tiempo los ejércitos carlistas no sólo habían aumentado sus fuerzas en cantidad desde el inicio de la guerra, sino también en calidad: “1.º Que en el principio de la guerra la fuerza de nuestro ejército activo era de cinco veces mayor en número que la de los rebeldes, e incomparablemente superior en calidad. 2.º Que al medio de la guerra, teniendo nuestro ejército y cuerpos auxiliares una fuerza efectiva de 250.000 hombres y los rebeldes 40.000, éramos más de seis veces superiores a ellos en número; pero no tanto ya en calidad como al principio. Y contando con la milicia nacional armada, que prestaba y podía prestar el servicio de guarnición, nuestra fuerza numérica era y es todavía casi doce veces mayor que la de los rebeldes. 3.º Que en la actualidad la fuerza numérica de nuestro ejército activo y cuerpos auxiliares, calculada a lo sumo en 220.000, sólo es dos veces y media mayor que la de los rebeldes; y por consiguiente, hemos perdido en los dos últimos años de guerra una superioridad numérica proporcional de tres veces y media o 7/12”. Señalaba además que el aumento experimentado por el ejército carlista no podía deberse tan sólo a los efectivos de las zonas que ocupaba, y que por tanto era indispensable que procediesen de otras provincias, “y principalmente de nuestro ejército”.

39 Cfr. BULLÓN DE MENDOZA, *Ibidem*, p. 169-180, 198-199, 207-208 y 215-216. A diferencia de Urquijo yo también hablo de la desertión en las filas del ejército isabelino, que puede verse en p. 127-133.

que creo muy discutible, pero además irrelevante, porque no hay que olvidar que los voluntarios realistas eran voluntarios, algo que no ocurría con la Milicia Nacional, a la que se pertenecía obligatoriamente si se cumplían unas determinadas condiciones. Así, nos describe algunos de los sistemas de reclutamiento seguidos por las partidas gallegas, lo que está muy bien, pues en las páginas anteriores nunca ha mencionado que hubiera partidas en Galicia, ni en La Mancha, ni en Extremadura, ni en ningún sitio, limitándose a afirmar de vez en cuando que “en diversas regiones españolas hubo cierta actividad de guerrillas”. También merece la pena señalar que recoge una cita de Santirso sobre la guerra en Cataluña, autor para el cual “La recluta forzosa aparece como un procedimiento básico para nutrir las filas de los ejércitos carlistas, y fue tanto más eficaz cuando más fuerte fue el contingente militar que la práctico”, algo ciertamente lógico, pero que no nos explica quiénes eran los maricianos que habían posado su platillo en Cataluña para obligar a sus habitantes a hacer lo que no deseaban, a pesar de la protección que les prestaban las tropas del ejército regular isabelino primero, y las de la Milicia Urbana y la Milicia Nacional después. Como es bien sabido, en Cataluña no hubo alzamiento carlista digno de tal nombre en 1833, y las partidas carlistas surgieron muy lentamente, y resulta evidente, si no recurrimos a los maricianos, que si pudieron desarrollarse cuando inicialmente no contaban con ningún tipo de recursos es porque contaban con un buen respaldo social. Y quizás no esté de más reproducir aquí un texto de Balmes, nativo de la montaña catalana, sobre el carlismo de sus paisanos y las motivaciones que los guiaban:

“Mucho se ha hablado del espíritu de vandalismo, de rapiña y de pillaje, señalando todo esto como causa del engrosamiento de las filas carlistas [...] Claro es que entre los carlistas no faltarían hombres perdidos que so color de pelear por Don Carlos, tratarían de vivir a sus anchuras: esto sucede en toda clase de insurrecciones; pero si a hecho semejante se le quiere dar una importancia excesiva, si se pretende tomarle como clave para explicar lo que solo puede explicarse por causas políticas, me parece que en refutar estas ideas se interesan dos cosas: el honor de los militares y el honor del país; porque si los carlistas no eran más que bandas de ladrones y forajidos, ¿cómo es que los ejércitos no podían destruirlos? Se me dirá que el país los protegía; pero entonces yo preguntaré si el país es algún establecimiento de ladrones, pues que tanta protección habría dispensado a gavillas de ladrones. No he conocido de cerca de los habitantes de otras provincias donde la in-

surrección había tomado cuerpo, pero sí a los moradores de las montañas de Cataluña; y emplazo a todo hombre que los haya tratado, para que me diga, si dejan nada que desear su afición al trabajo, su honradez, y su aversión al latrocinio y al pillaje”⁴⁰.

Por cierto, que no deja de ser curioso que a Balmes no se le ocurriera que le podían replicar que no eran carlistas, sino que apoyaban al carlismo a su pesar. No es mi propósito, sin embargo, cansar al sufrido lector con textos de época sobre el apoyo con que contaba el carlismo, pues son innumerables. La cuestión que queremos plantear es mucho más obvia: dado que al comienzo de la guerra civil de 1833-1840 todo el ejército está en el bando isabelino, y que antes de que pasaran tres meses se había logrado derrotar a la pequeña parte de los voluntarios realistas que habían secundado el alzamiento, el principal tema que debe abordar alguien a quien le preocupe la historia militar, y no mantener ideas preconcebidas, es explicar cómo los carlistas pudieron mantenerse en campaña.

Una primera posibilidad es que los isabelinos, tras sus triunfos iniciales, no se tomasen la guerra en serio. Pero no fue así; a lo largo de la guerra, como ya hemos tenido ocasión de comentar, los isabelinos movilizaron centenares de miles de hombres, y su ejército ascendió hasta cifras que superaban ampliamente a las de los ejércitos puestos sobre las armas en la época de la guerra de la Independencia para hacer frente a Napoleón. Contaron, además, con el inapreciable apoyo de la Milicia Nacional, que permitió mantener a raya a las partidas carlistas en la mayor parte de España, y consiguiendo que el ejército isabelino solo tuviera que dedicar la cuarta parte de sus efectivos a cubrir su retaguardia (más de cincuenta mil hombres, cifra que no está nada mal). Contaron los isabelinos con el apoyo de las potencias firmantes del tratado de la Cuádruple Alianza, que envió a España cerca de 25.000 hombres, con el apoyo de sus flotas, con todos los recursos del Estado, con la posibilidad de emitir deuda en el extranjero, de vender los bienes nacionales... Y aun así, los carlistas eran cada año más fuertes que el anterior, como se evidencia en las cifras de efectivos que hemos reproducido. En fechas inmediatamente anteriores al convenio de Vergara 72.000 soldados formaban parte de los tres ejércitos regulares carlistas, más que los efectivos en tiempos de paz del ejército de Fernando VII tras la reorganización del marqués de Zambrano, y miles de hombres mantenían la guerra de guerrillas en el resto de España. Fue sin duda la época en que más soldados legitimistas hubo sobre las armas, en una contienda que había trasladado su centro de gravedad del norte, en que permaneció estática hasta

⁴⁰ Jaime BALMES, *Escritos políticos de D. Jaime Balmes. Colección completa, corregida y ordenada por el autor*, Madrid: Imprenta de la Sociedad de Operarios del mismo Arte, 1847, p. 21.

los manejos de Maroto, al levante español, donde el avance de Cabrera parecía imparable. Ninguna de las revueltas contrarrevolucionarias que hubo en Europa desde 1745 hasta fines del siglo XIX tuvo la fuerza y solidez que pudo verse en la Primera Guerra Carlista⁴¹.

Y esto es lo que hay que explicar, cómo de la nada, y contra todos los elementos que hemos comentado, los carlistas pudieron mantener la campaña de 1833-1840, y poner en serios riesgos al estado isabelino, algo que no ocurrió durante la Tercera Guerra Carlista.

Que en las filas carlistas había quienes no eran voluntarios es obvio, pero tratar de decir que eran casi inexistentes carece de sentido. Un enfoque como el de Urquijo, que trata de presentar a carlistas e isabelinos como contendientes de características muy similares, y que hacen frente a la guerra utilizando los mismos métodos, sería acertado si en España, en 1833, se hubiese producido una división de las fuerzas armadas y del territorio en partes relativamente semejantes, controlada una por los defensores Don Carlos, y otra por los de Isabel II. Pero esto no es lo que ocurrió, y cualquier hipótesis sobre la Primera Guerra Carlista que no lo tenga en cuenta supone una renuncia a entenderla desde el punto de vista militar. Y su correcta comprensión desde el punto de vista militar tiene, como es obvio, muchas derivadas para su comprensión desde otros puntos de vista.

Cuando se habla de la Guerra Civil española de 1936-1939 es frecuente la afirmación de que el conflicto se produjo porque las fuerzas armadas se dividieron en partes relativamente iguales. Si las unidades sublevadas hubieran sido escasas, se dice, la guerra hubiera acabado en muy poco tiempo; si se hubiera alzado todo el ejército habría ocurrido lo mismo pero con resultado contrario. Pues bien, en 1833 no hay equiparación posible entre la situación inicial de uno y otro bando, y tampoco de la ayuda internacional recibida, y pese a ello tenemos una guerra de siete años de una escala difícilmente exageable, como muestra la estadística de muertos del ejército isabelino realizada al final de la guerra, cuyo total, 66.159 (sin tener en cuenta los de la Milicia Nacional), es superior a los sufridos por el ejército nacional o el republicano en la contienda de 1936-1939⁴². Explicar cómo es esto posible es, según

41 Un estudio comparado de los diversos movimientos legitimistas puede verse en “El legitimismo europeo 1688-1876” en Stanley G. PAYNE (Dir.), *Identidad y nacionalismo en la España Contemporánea, 1833-1975*, Madrid: Actas, 1996, p. 195-253, y Joaquim Verissimo SERRAO y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *La Contrarrevolución legitimista*, Madrid: Editorial Complutense, 1995.

42 Pedro CHAMORRO BAQUERIZO, *Estado Mayor General del Ejército español. Historia del ilustre cuerpo de oficiales generales hecha con las biografías de los que más se han distinguido*, Madrid: Imprenta de Tomás Fortanet, 1851, tomo I, p. 165-166. Chamorro introduce este dato de forma incidental en la biografía del general Espartero, por lo que no se cree obligado a reproducir en su integridad los estados oficiales con que respalda sus aseveraciones, y que asegura tener a la vista,

nuestro parecer, en lo que tendría que centrarse cualquier trabajo de Historia Militar sobre la Primera Guerra Carlista⁴³.

ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA

Javier BARRAYCOA, **Eso no estaba en mi Libro de Historia del Carlismo**, Córdoba: Ed. Almuzara, 2019, 304 p., ISBN 978-84-17797-25-6

La editorial Almuzara viene publicando una colección de libros con un título claramente motivador para los lectores de las obras que integran la colección. Hasta el momento, se han editado en la misma catorce libros que inician su título con la frase: *eso no estaba en mi libro...* que va acompañado del enunciado del tema abordado en éste. En la colección, Javier Barrycoa publicó el libro *Eso*

no estaba en mi libro sobre Historia de Cataluña, donde exponía varias de las ideas que había desarrollado el propio autor en libros sobre historia de Cataluña. Ahora él mismo vuelve a la colección *Eso no estaba en mi libro* referido ahora a *Historia del Carlismo*.

Javier Barrycoa conoce muy bien, indudablemente, la historia del carlismo. Ha sido secretario del partido político Comunión Tradicional Car-

pero, afortunadamente, sí transcribe, a manera de ejemplo, el correspondiente a las fuerzas de infantería, tanto de línea como ligera, realizado por la Inspección General de dicha arma. En dicho cuadro aparecen, regimiento por regimiento, no solo los muertos, sino también los licenciados por cumplidos y por inútiles, los confinados a presidio, los pasados a otras armas, los desertores, los prisioneros que no se habían vuelto a incorporar a filas, los promovidos a oficiales. Es, en suma, una información enormemente minuciosa, cuya veracidad no hay motivo para poner en duda, y que abona la del resto de los datos ya mencionados, que Chamorro no transcribe con tanta minuciosidad “por no fatigar la atención de nuestros lectores”. Según el general Ramón SALAS LARRAZABAL, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid: Ediciones Rioduero, 1980, p. 310, los militares nacionales muertos en campaña fueron 59.500, y los republicanos 60.500, cifras que pueden considerarse “de máximos”, tal y como señala José SEMPRÚN, *Del Hacho al Pirineo. El Ejército Nacional en la Guerra de España*, Madrid: Actas, 2004, donde recoge que según los datos elaborados en su día por el Servicio Histórico Militar en base a la documentación existente en su archivo, el Ejército Nacional tuvo unos 39.000 muertos, a los que podrían añadirse buena parte de sus cerca de cuatro mil desaparecidos.

43 Por cuestiones de espacio no me refiero a los mapas sobre la contienda que acompañan la obra, ni tampoco a la cronología, llena de comentarios que resumen muy claramente la concepción de Urquijo: “El fracaso ante Bilbao marcó el declive del carlismo a nivel general, a pesar de que se vivió un cierto espejismo con el empuje de Cabrera en el Maestrazgo” (474); la expedición Real “llega hasta Madrid a aunque sin posibilidades de apoderarse de la capital, defendida por Espartero” (la expedición Real pudo haber entrado perfectamente en Madrid, pues Espartero no estaba dentro, sino a más de un día de distancia de la expedición. Otra cosa es que hubiera logrado salir). No faltan los errores, como cuando se dice que en 1833 “el pretendiente don Carlos es desterrado a Portugal tras negarse a prestar juramento a Isabel como princesa de Asturias (16.1833)” (como es sabido don Carlos sale de Madrid en marzo y por voluntad propia acompañando a su cuñada, la princesa de Beira).